Veinticinco minutos

Seudónimo: Siete[1]

Apenas me sostengo con una mano. El camión parece mercado en movimiento, la gente sigue entrando, aun cuando parece que ya no entra ni un alfiler. Hay tanto ruido que ya no distingo ninguno en particular. Estoy rodeada por carcajadas, la insistencia del vendedor ambulante que ruega que le compremos dos chocolates por 10 pesos, ronquidos y dedos esforzándose por no soltar el tubo; bocas mentándole la madre al chofer porque dio un frenón. No quisiera oler, pero aquí dentro huele a perfumes de imitación, *thinner* y humedad; se suman los olores del tianguis por el que estamos pasando: tacos de barbacoa, birria, pescado. Pasando esta cuadra, me quedan aproximadamente 25 minutos de camino.

El camión da la parada y suben más personas de las que bajan. Me recorro para quedar justo a un lado de la salida. Recargo la cabeza en el tubo más alto, la quito cuando siento una mano cerca. Me enderezó y vuelvo a sostenerme del travesaño. El hombre que va en tercera fila, justo detrás de mí, me deja atrapada. Se sostiene del tubo y de un asiento y yo, quedo en medio de sus brazos. Lo miro de reojo y parece distraído, como si no notara, o no le importara que me he puesto tensa. Mi atención se enfoca por completo en mi respiración que no puedo regular, el corazón me late en la garganta. No sé a dónde ir o cómo salir. Sus ojos no sueltan mi minifalda. Otra vez bocas

[1] Autora: Karla Gómez (Guadalajara, 1999) es estudiante de sexto semestre, en la Licenciatura en Escritura Creativa, de la Universidad de Guadalajara.

mentando madres, dedos aferrándose a donde pueden. Él se acerca a mi cabello, convierte sus mocos en gargajo para tragárselos, no escupe. Aún me quedan 20 minutos de camino.

Miro a mi alrededor en busca de alguien que note mi incomodidad. Alguien que haga algo. Otro frenón y él se tambalea para frotarse en mí. Mi respiración se vuelve más inestable. Trato de ver la hora en mi viejo reloj, pero con el reflejo del sol no alcanzo a ver los números. Tras un frenón más para hacer parada, el hombre se balancea, gime en mi oreja para que sólo él y yo escuchemos, nadie más puede oír porque el chofer grita que nos recorramos. Él no me deja moverme. Siento su erección en mis piernas, cada vez se frota con más descaro. Que alguien me ayude. Encuentro a un hombre mayor que envidia al que está detrás de mí, puedo verlo en su mirada lasciva. El chofer insiste en que la gente se recorra.

El hombre presiona su cuerpo contra el mío pretendiendo dejar espacio para que la gente baje o se mueva. Me pide una falsa y entrecortada disculpa al oído. Una gota de saliva sale de su boca y se evapora en mi oreja, que arde de miedo. No sé a dónde mirar; me quiero bajar y quiero gritar, pero mi cuerpo no obedece. Las palabras quedan atrapadas en mi garganta, ahogadas por un llanto interno que no puedo frenar. El hombre intercambia palabras con otro, no logro escuchar lo que dice, estoy ensordecida del terror y la impotencia. No puedo moverme, no puedo hablar. Se me empañan los lentes por el aire que exhalo. Cada músculo de mi cuerpo está tenso y mis pulmones no se llenan. El camión está más pequeño que antes. Los asientos me aplastan. El camión frena y siento una mano bajo mi minifalda. Mi cuerpo tiembla, pero reacciono. Lo abofeteo.

—¡Descarado, atrevido!— grito sin más. Todos los ojos son manos sobre mí. Él se queda estupefacto y el tipo con el que intercambié palabras se aguanta una carcajada. Se me enrojece hasta el cabello, mis ojos cristalinos se quiebran. Él y yo nos miramos, no sé cómo puedo sostenerle la mirada. Suspira y ya estoy sintiendo el golpe de regreso, pero no, en su lugar grita para crear un escándalo. Se me estremecen hasta las uñas y se me pone la piel chinita.

—¡Y te vuelvo a ver con ese y ya no va a ser una bofetada la que te dé, sino unos balazos, vieja desgraciada!

Se escurre entre la gente, jala la cuerda para hacer sonar la campana y se baja.

Ojos y bocas que susurran cosas sobre mí. La cara me hierve de coraje. No paro de temblar, las lágrimas brotan y lloro rodeada de toda esa gente que no hizo nada, que no hará nada.

El compañero del tipo se baja mientras busco al señor que antes nos observaba; ahora está mirando la ventana como si nada pasara.

Tomo la orilla de mi falda y trato de bajarla, me seco las manos sudadas sobre ella. Mi viejo reloj me avisa que aún faltan cinco minutos de camino. Jalo la cuerda deseando dejar la vergüenza arriba del camión. Me limpio con el antebrazo el rostro y mi manga se mancha de maquillaje corrido. El camión se detiene y desciendo.

Aun estando en medio de una calle llena de extraños con prisa, me siento observada. La pierna me arde, pareciera que el hombre dejó su erección calcada en la piel y tengo su mano tatuada en la nalga. He quedado etiquetada, siento encima la mirada de la gente, como si supieran que estoy tocada. Estoy convencida de que pueden mirar a través de la falda y ver que tengo la mano marcada, mujer usada.